

CEPAL

COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE

Oficina de Montevideo



**LA SITUACION DE LA JUVENTUD
EN AMERICA LATINA**



NACIONES UNIDAS



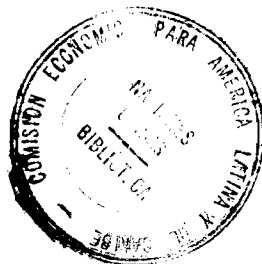
900008855 - BIBLIOTECA CEPAL

Distr.
RESTRINGIDA

LC/MVD/R.99

Setiembre de 1992

ORIGINAL: ESPAÑOL



CEPAL
Comisión Económica para América Latina y el Caribe
Oficina de Montevideo

**LA SITUACION DE LA JUVENTUD
EN AMERICA LATINA**

19 MAY 1993

Conferencia magistral dictada por Germán W. Rama, en la VI Conferencia Iberoamericana de Juventud, celebrada en Sevilla, del 14 al 19 de setiembre de 1992. Las opiniones vertidas en el presente texto son de carácter personal.

51-20-000-12

VI CONFERENCIA IBEROAMERICANA DE JUVENTUD

Sevilla, 14-19 de septiembre de 1992

LA SITUACION DE LA JUVENTUD EN AMERICA LATINA

Germán W. Rama */

***/ El autor es Director de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) en Montevideo, Uruguay, pero las opiniones vertidas en el presente texto son de carácter personal.**

La consideración del tema de la juventud en este año del V Centenario del "Encuentro de dos mundos" y en esta década inmediatamente previa al siglo XXI de la cronología y al inicio del tercer milenio de la era cristiana, reviste significados múltiples y muy excepcionales.

Existe una primera dimensión, que es la del tratamiento del desarrollo social y de los problemas de la juventud, que podría ser abordado como el de cualquier otra categoría social, como por ejemplo, la tercera edad, las mujeres, los habitantes de las ciudades o los trabajadores rurales. Esto implicaría abordar -de acuerdo a la filosofía democrática- la atención de sus necesidades básicas -desde ingresos hasta estado de salud-, las condiciones de inserción en la vida colectiva, los problemas de marginalidad social, material y cultural, que puedan emerger y así sucesivamente.

Una segunda dimensión pondría el acento en que el tratamiento de la juventud refiere directamente a la renovación permanente de las sociedades. Las teorías darwinianas del siglo XIX creyeron que la Naturaleza tenía un objetivo consistente en crear seres aptos a la supervivencia. Los avances de la Biología en la segunda mitad del siglo XX permiten afirmar que la Naturaleza no tiene un propósito de ajustar las criaturas a un determinado medio ambiente. Lo que la Naturaleza realiza -por el entrecruzamiento sexual de los "programas" que ambos seres aportan a la formación de una nueva vida, lo que crea la "lotería genética", de la que nos habla el Premio Nobel en Medicina, François Jacob en *Le jeu des possibles*- es una permanente creación de seres diferentes. Para cambiar la dotación de individuos y, por ende la sociedad, la Naturaleza promueve, tanto la creación de la diversidad de la vida como la necesidad de la muerte.

Una sociedad, enfrentada al cotidiano desafío de su renovación biológica, tiene como requerimiento concebir y establecer procedimientos adecuados para proteger biológicamente su propia reproducción y para asegurar una adecuada socialización de sus nuevas generaciones, para que éstas puedan asumir, desde ya y en el futuro, los roles sociales, los comportamientos, los conocimientos y los valores adecuados a la continuidad de la sociedad en el tiempo.

De ahí, que el tratamiento de la juventud sea una dimensión crucial en la supervivencia y desarrollo de la sociedad. De la capacidad que tenga una sociedad de salvaguardar los patrimonios biológicos de las nuevas generaciones, de socializar a los jóvenes en los valores fundamentales que definen su existencia como sociedad, de formarlos en la cultura y el conocimiento apropiados al nivel de desarrollo de los países que figuran en la frontera de la transformación científica y tecnológica, de establecer condiciones de equidad en el acceso a los bienes materiales y culturales para preservar las bases sociales de la democracia, de evitar la pérdida de futuros recursos humanos por la vía de la formación y capacitación adecuadas para todos y de formar a los que van a ser sus ciudadanos con capacidad y responsabilidad para ejercer sus derechos soberanos, depende el desarrollo venidero de las presentes sociedades nacionales.

La observación de los recientes descubrimientos de la Ciencia permite anunciar la tecnología que emergerá en las décadas siguientes y, por ende, imaginar cómo serán las sociedades futuras. El análisis de las condiciones en que se desenvuelven hoy las juventudes de las distintas sociedades iberoamericanas permite, de igual modo, preestablecer cómo será el desarrollo de las mismas en las primeras décadas del siglo XXI.

Una tercera dimensión de la juventud se plantea, en forma específica, cuando se considera la velocidad del cambio científico y tecnológico y sus repercusiones en la sociedad. Está fuera de duda que la humanidad ha ingresado a una tercera revolución industrial o, a lo que otros autores llaman una sociedad post-industrial. En comparación con las antiguas sociedades agrícolas, en las que el "tiempo social" no cambiaba de generación a generación y en las que la vida de los hijos resultaba ser un calco de la de sus padres, la sociedad presente se caracteriza por una renovación permanente de todas las actividades y de todos los instrumentos. En todas las sociedades el tema dominante es el de la "reestructura", lo que implica asumir nuevas estructuras productivas, tecnológicas, sociales y culturales para adaptarse a los cambios incesantes. Más aún, se podría hablar de que, lejos de esperar una etapa de estabilidad luego de un ciclo de grandes cambios, tal vez la humanidad haya ingresado a algo muy difícil de integrar a nuestras conciencias, que es el fenómeno de la aceleración permanente de los tiempos históricos. El tema primordial pasaría a ser cómo vivir en un mundo de cambios permanentes y cómo prepararnos para existir en una situación de constante incertidumbre de futuro.

En un mundo de permanentes cambios, la juventud pasa a tener un papel de mayor relieve que en el pasado. Para la sociedad ya no se trata, tan sólo de asegurar su reproducción colectiva, sino que se presenta el problema de contar con individuos capaces de "aprender a aprender" a lo largo de sus vidas. La reconversión industrial y social de Europa ha puesto de relieve que, cuando el cambio es excesivamente acelerado, los hombres adultos no logran reciclarse en todos los casos, no sólo en las competencias específicas, sino también en las actitudes.

La plasticidad de los jóvenes para aprender permanentemente y adaptarse con la naturalidad del "iniciado" a las nuevas formas de organización social, ha pasado a constituir un capital de tanto valor como el económico en la transformación. De la capacidad de nuestras sociedades para formarlos para un mundo cambiante y de la habilidad de apelar a los jóvenes para incorporarlos a actividades que requieren de tecnologías y procedimientos modernos, dependerá la adaptabilidad de las sociedades, ya no sólo a una etapa inmediata, concebida como de estabilidad luego de un ascenso -ya se llame sociedad moderna o sociedad postmoderna- sino a un tipo de modalidad social que seguramente regirá a lo largo de todo el siglo XXI, que se definirá por una permanente impregnación de la ciencia y la tecnología en el quehacer social y por un cambio constante en las maneras de sentir, de pensar y de hacer de los hombres.

La situación de la juventud en América Latina no es separable de la situación de las economías y de las sociedades latinoamericanas, como tampoco lo es del modelo de desarrollo que caracterizó a la región en las tres décadas anteriores a la crisis del endeudamiento internacional.

La Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL, definió la década de 1980 como la "década perdida", privilegiando en esta calificación los graves problemas económicos derivados del endeudamiento internacional y destacando que en 1991 la región aún no había recuperado el ingreso per cápita que tuvo diez años atrás.

Pero, también puede calificarse como de "década democrática". En dicho período se consolidaron los regímenes democráticos en unos países, mientras que se asistió a la recuperación de los derechos humanos y políticos en otros, que habían sido afectados por graves confrontaciones sociales y por la presencia de dictaduras. Hubiera sido fácilmente explicable que la democracia se afianzara en un período de expansión económica y progreso social, pero lo relevante, en este caso, es que la democracia se afianza a pesar de los complejos problemas que suscitan la crisis económica y la carencia de medios para expandir el progreso social. Parecería que las sociedades latinoamericanas han llegado a un punto de inflexión, en el que no hay ya lugar para las fáciles creencias de que las alternativas autoritarias son solución para el desarrollo. En ese escenario es, en general, destacable el nuevo papel de la juventud que, abandonando posiciones fundamentalistas o alternativas "milenaristas", lejos de pasar a una indiferencia política, comienza a asumir un nuevo relacionamiento con el Estado y la política. Por una parte, los destinos de los jóvenes no pasan necesariamente por el Estado, sino que ciertos sectores de la juventud de América Latina comienzan a reivindicar una separación entre Estado y sociedad, reclamando espacios para la realización de actividades y proyectos concebidos a partir de la iniciativa individual o de la asociación en grupos. Por otra parte, reclaman del Estado un nuevo tipo de "utopía concreta", consistente en que sea capaz de administrar en forma eficiente, en base a la igualdad de oportunidades y con imaginación, el desarrollo de las sociedades. También, en importantes sectores de juventud originarios en núcleos técnicos de las capas sociales medias y de los trabajadores organizados emerge una nueva actitud consistente en asumir que los tiempos van a ser duros y difíciles y que, por tanto, es necesario aprovechar la juventud para formarse y capacitarse en los nuevos conocimientos y técnicas, de los cuales dependerá su inserción en la sociedad.

Las generaciones que acceden a la condición joven en la presente década son hijas de una evolución social que, en las décadas precedentes fue, simultáneamente, acelerada y desequilibrada.

Lejos de poder hablar de la juventud latinoamericana o de la juventud de un determinado país, deberíamos mencionar el doble y simultáneo fenómeno de que existe una **juventud**, integrada por múltiples, heterogéneas y estratificadas

juventudes y que, por tanto, bajo el mismo rótulo, coexisten situaciones y problemas muy diferentes de los distintos sectores de jóvenes.

Cómo no hablar de **una juventud** cuando hoy, en la casi totalidad de las sociedades latinoamericanas, importantes porcentajes -variables entre un 20%, en los países más pobres y de mayor población rural, hasta un 70%, en los más urbanos y modernos- de la población comprendida entre 15 y 19 años asiste a centros de enseñanza en donde recibe una socialización colectiva de los sistemas educativos, a la vez que establece una socialización "entre pares" en esas grandes concentraciones de jóvenes que se establecen en los institutos educativos. Cómo no pensar en la existencia de una subcultura juvenil, cuando los medios de comunicación de masas han trasladado patrones emocionales y de consumo cultural y material a la juventud de la región. Paralelamente, las familias y las comunidades con sesgos específicos tienen mayores dificultades para socializar en sus valores y comportamientos a las nuevas generaciones. Con la rápida urbanización, las normas y valores de las comunidades rurales resultan inadecuadas para la vida urbana; con la acelerada formación educativa de las nuevas generaciones los padres, menos instruidos, quedan inhabilitados para actuar como agentes socializadores y, por el contrario, son muchas veces los hijos los que educan a los padres; en un mundo tan cambiante y de incierto futuro, y muchas veces incomprensible para las generaciones adultas, las familias quedan desprovistas de modelos a transferir a sus hijos. Por diversos caminos se ha acelerado un proceso que asemeja más a los hermanos entre sí que a los hijos con sus padres.

Pero, el desequilibrado desarrollo que caracterizó a América Latina ha producido, no sólo fenómenos de acentuada estratificación social, sino también situaciones más comparables con una segmentación cultural, que hoy explican la existencia de **múltiples juventudes** que reclaman de políticas específicas para lograr su integración a la sociedad y su plena participación en la transformación económica y social que ha iniciado la región.

América Latina, a lo largo de los cinco siglos de vida colonial e independiente, no logró en todos los casos una integración nacional y cultural. En primer término figura su composición poblacional, que lleva a caracterizar a algunas sociedades por la presencia de poblaciones y culturas que son aún testimonio de las sociedades indígenas anteriores a la Conquista; a otras sociedades, por el fenómeno del mestizaje entre poblaciones indígenas, negras -traídas a la región con la esclavitud- y europeas, sin que éste haya producido, necesariamente, la emergencia de una integrada y nueva sociedad; en tercer término, en espacios poblacionales vacíos, las grandes corrientes migratorias en el siglo XIX y primeras décadas del actual, crearon sociedades con "población trasplantada" de las más variadas regiones de Europa que aún, en algunos casos, están a la búsqueda de una plena identidad nacional. Ningún país constituye una representación pura de las categorías mencionadas y, muy frecuentemente, los tres modelos coexisten en una sociedad concreta, lo que explica el complejo camino de la integración nacional y cultural.

medios financieros del Estado- tuvieron un papel central. La juventud, que se ha formado en tiempos de crisis, tiene expectativas diferentes que se centran en tener oportunidades de capacitación y formación educativa -que debe tener una buena calidad académica, porque ya se sabe que los títulos vacíos de contenido de poco sirven y porque la verdadera democratización pasa por el duro esfuerzo de acceder al conocimiento- para poder participar a lo largo de sus vidas en un mundo cambiante.

Ese mundo cambiante es, precisamente, el gran desafío del futuro. Si América Latina aspira a lograr grandes avances hacia el desarrollo, debe asumir la magnitud de las transformaciones requeridas. Las economías latinoamericanas ya han ingresado al mundo internacional y a una generalizada apertura, por lo que las condiciones de competitividad están presentes en la producción de bienes y en la producción de servicios. Ya se notan por doquier las transformaciones tecnológicas en los sistemas productivos y, con desequilibrios y contradicciones, también se aprecian en los servicios, incluyendo los del Estado. El proceso va a ser permanente y progresivamente acelerado, por lo que el contar con recursos humanos en condiciones de "aprender a aprender" y de adaptarse ante nuevas situaciones, deviene una condición primordial en la capacidad de desarrollo de la región. Aún, en las empresas y en el conjunto de las sociedades, los programas de preparación y de capacitación registran retrasos en relación a la modernización tecnológica ya iniciada. Sin embargo, éste es el proceso más complejo y, por no abordarlo adecuadamente, la historia contemporánea muestra múltiples casos de sociedades cuyos ingresos se incrementaron aceleradamente por la valorización de un recurso natural y no pudieron transformar este impulso inicial en un proceso sostenido de desarrollo, por carecer de los recursos humanos adecuados y de las pautas culturales acordes con una sociedad moderna.

De ahí, la enorme significación de las políticas de juventud. No es pensable desaprovechar la actual juventud de América Latina ni es posible esperar la transformación de los sistemas educativos, para que se beneficien las próximas generaciones, sino que, desde ya, se impone un enorme esfuerzo para mejorar las capacitaciones de los jóvenes, potenciar la educación recibida en unos casos y sustituir en otros la ausencia de formación cultural.

Pero, el énfasis en este tema no debe llevar a descuidar que el desarrollo no es un proceso que se pueda implementar sin una participación colectiva. En una sociedad ya avanzada, parte de los problemas a resolver se satisfacen con una adecuada administración y con una capacidad de implementación técnica permanente. En una sociedad en proceso de desarrollo, la transformación reclama de una movilización colectiva de todas las fuerzas sociales en una común expectativa de cambio. En ese tipo de etapa, los líderes políticos cumplen un rol primordial en cuanto a convocar al esfuerzo de transformación y a diseñar las grandes líneas del futuro que se aspira a construir. Por diversas razones -entre las que pesa en forma especial la continuidad de un ajuste económico que no termina de concluir- en América Latina se asiste a una especie de "vacío de

futuro" en las propuestas. Nuestras metas son, habitualmente, las del propio año o las del año inmediato siguiente y pocos son los intelectuales, los empresarios o los políticos que hablen del "horizonte 2.000" de nuestras sociedades o de nuestras economías.

Tal vez sea en torno a la imagen de un futuro no tan inmediato, que se puedan construir los consensos proclives al desarrollo y a la democracia, en los que participen las distintas fuerzas sociales, desde los empresarios a los sindicalistas, o desde los técnicos a las organizaciones comunitarias, asumiendo cada una, una cuota parte en las acciones y en las predisposiciones necesarias para el logro de la transformación.

La juventud hoy día pudiera jugar un papel relevante en la misma, porque sus demandas grupales son coincidentes con la transformación y, porque su socialización en tiempos de crisis le ha hecho ver que aquellas luchas sociales en torno a la distribución, que no consideren simultáneamente el desarrollo, constituyen un juego colectivo de suma cero. Por eso sea, tal vez, el grupo social más proclive a participar en un consenso por el desarrollo y la transformación de las sociedades. Sus formas de intervención hoy día, sin duda alguna, van a ser distintas del "movimientismo" que caracterizó al proceso político en la inmediata postguerra. El que sean distintas, ha llevado a más de un observador, con cuadros analíticos del pasado, a suponer que la juventud es políticamente indiferente, cuando el punto es que, no quiere asumir los conflictos que caracterizaron a la generación precedente, sino que contempla perpleja discusiones que reputa carente de sentidos y está a la espera de un escenario distinto en el que pueda participar de acuerdo a su inédita perspectiva.

Un proceso de transformación reclama de una movilización colectiva, de recursos humanos, pero también de iniciativas culturales. El desarrollo no es un futuro en que la sociedad sea igual a la presente, pero donde la disponibilidad de bienes sea sencillamente mayor. El desarrollo supone una capacidad permanente de innovación y de creación que no queda reducida a los ámbitos de lo científico, de lo tecnológico o de lo administrativo. Implica, como condición necesaria, una sociedad abierta a la innovación y a la imaginación en la cultura, desde los niveles correspondientes a la erudita hasta los que son propios de la cotidiana. El cambio sólo puede ser realizado a partir de la asunción de que los seres humanos y los grupos sociales son diferentes y que es en la diversidad que se genera la potencialidad de creación colectiva. Más aún, el mayor desafío del futuro es cómo convivir en una sociedad presidida por ciertos valores que aseguren la integración y el respeto a ciertas normas para preservar el funcionamiento colectivo pero, a la vez, no sólo tolere sino que incentive la diversidad de las innovaciones individuales y grupales. Esto supone una sociedad muy abierta a la experimentación en las concepciones culturales y en las prácticas de la cultura cotidiana, una sociedad que no intente imponer un único patrón normativo a todos sus miembros y que admita la puesta en cuestionamiento de alguno de los valores acreditados hasta el momento.

Una perfecta internalización de los valores vigentes en una sociedad en las conciencias de todos los individuos de las nuevas generaciones generaría un futuro igual al pasado, una sociedad perfectamente bloqueada en relación al cambio.

La frontera emergente de la humanidad implica una estimulación constante a individuos y grupos sociales, para que innoven en conocimientos, en técnicas, en cultura y en prácticas de organización social.

El innovador es, por definición, un sujeto inadecuadamente socializado, lo que le permite poner en tela de juicio el conocimiento o las prácticas sociales que vienen del pasado.

Pero, la contracara del innovador es -lamentablemente- otro tipo de sujeto, individual o grupal, que en virtud de la menor "impronta" de los valores colectivos se transforma en el negativo transgresor de las normas colectivas, en el paradigma de la desviación social.

Por eso, uno de los graves problemas de las sociedades latinoamericanas -y no de las juventudes latinoamericanas- es cómo socializar a su juventud. Sería negativo hacerlo en ciertos valores del pasado poco congruentes con lo que va a ser la sociedad del siglo XXI; es difícil de realizar en relación a un futuro, cuando las imágenes de éste están aún borrosas en la conciencia colectiva y se requiere crear condiciones propicias a la innovación que no devengan en anomia colectiva y, por tanto, en desviación social.

No existe ni una única respuesta ni una fórmula mágica, sino múltiples formas que se irán diseñando en un camino de formación de la juventud, que hoy constituye el mayor desafío y la mayor esperanza de las sociedades latinoamericanas.

Sin duda alguna, existen múltiples otros temas que hacen a la temática de la juventud y a las políticas que llevan a cabo los gobiernos de América Latina. Si en esta exposición ellos no fueron abordados, no implica considerarlos como menos relevantes sino el pensar que una reflexión común sobre los problemas de la juventud iberoamericana reclamaba de un destaque de las corrientes principales de la modernización a la que asiste el mundo, para situar en ellas las consideraciones sobre la juventud, el desarrollo y la transformación de nuestras sociedades, que es la tarea eminente en la que ustedes, señores Ministros de Juventud y Ministros encargados de los temas de juventud, son los artífices.



NACIONES UNIDAS